

# El Desarrollo Económico y la Balanza de Pagos

Por THOMAS BALOGH,  
de la Universidad de Oxford

*Mientras todo parece conjugarse contra los países productores de materias primas, las técnicas ortodoxas de la política económica de sus gobiernos parecen ineficaces. "...para los gobiernos, la más obvia forma de aliviar rápidamente el descontento, es el aumento de los servicios sociales improductivos o menos productivos... Pero se hace caso omiso de la única forma de aumentar el nivel de vida a nivel nacional y de proporcionar empleos con salarios crecientes, que es acelerar el desarrollo, mediante el incremento de la productividad y la diversificación de la producción... lo cual llevaría tiempo y requeriría un aumento de las inversiones".*

EL remedio clásico para los déficit en las balanzas de pagos ha sido siempre el dinero caro, la restricción del crédito, la disminución en las inversiones y, últimamente, la reducción en el consumo de bienes duraderos. El *modus operandi* de esta política se basaba en la presunción de que una declinación en la demanda mediante la reducción de importaciones y la estimulación de las exportaciones rectificaría la situación. A la inversa, se suponía que el país con un superávit se expandiría, aumentaría sus precios e importaciones y reduciría sus exportaciones. Esta presunción fue probada en el siglo XIX, por lo menos en los países ricos. En las áreas más pobres, a medio camino en su desarrollo (donde podemos incluir a EUA en esa época), no había razón alguna para sentirse satisfechos: eran ellos quienes sufrían la mayor parte de la carga del reajuste, mientras los ricos recibían ayuda. La interrupción de la inversión, consecuencia del dinero caro, provocaba serios trastornos en su desarrollo. En lo que se refiere al centro europeo de la economía mundial, este sistema del patrón oro con base en Londres no operaba demasiado mal.

Deben destacarse, sin embargo, tres características importantes cuando esta experiencia sea aplicada bajo condiciones modernas y especialmente a áreas menos desarrolladas que dependen de los productos primarios para sus exportaciones. La primera es que este sistema funcionó bien en el siglo XIX porque se desarrolló en forma simétrica. Si aquellas economías que perdían oro aplicaban restricciones, se suponía que aquellos que lo ganaban se expandirían. No había riesgo político para los gobiernos en la elevación de precios. Se daba por supuesto que los gobiernos no eran responsables, ni capaces, de influir en los flujos y reflujos de la actividad comercial y de los precios. No se les culpaba por las desgracias económicas. Los trabajadores no se mostraban demasiado sensibles a los aumentos de precios, y aunque lo hubiesen sido no podían hacer nada al respecto. No había una organización rígida de los trabajadores aun cuando los obreros más diestros trataban de protegerse a sí mismos. En EUA, solamente en la época de Roosevelt se pudo observar una organización general de los sindicatos obreros; aún en Europa no llegó a materializarse hasta principios del siglo actual.

Todo esto ha cambiado. Grandes estratos de la población, especialmente las mujeres que tienen que hacer las compras diarias, son extremadamente sensibles a cualquier elevación de precios y pueden ejercer considerables presiones sobre los gobiernos. Esto se ha demostrado con toda claridad, no sólo en EUA y en el Reino Unido, donde las victorias respectivas de los republicanos y conservadores sobre sus rivales más progresistas se deben, en gran parte, a la incapacidad mostrada por estos últimos para controlar la inflación, sino también en áreas menos desarrolladas, desde Chile hasta la India. Al mismo tiempo, la libertad de acción de los gobiernos ha sido limitada en una gran proporción por la obvia necesidad de mantener los niveles de ocupación. El desempleo en gran escala y el estancamiento en las condiciones actuales, provocaría, sin duda alguna, la caída de los gobiernos o la violencia y la revolución. Los gobiernos no pueden por más tiempo dejar de reconocer sus responsabilidades en el aspecto económico. Este es un cambio de extraordinaria importancia respecto a los días de inocencia feliz de la época victoriana. Por consiguiente, no podemos seguir esperando que los países que obtienen oro ayuden en el reajuste permitiendo la expansión, a riesgo de una elevación general de precios.

La segunda característica, igualmente importante, se relaciona con la estructura de la economía mundial. No podemos seguir considerando a los mercados mundiales como más o menos homogéneos. Ha aparecido una amenazadora dicotomía que tiene importantes y poco tranquilizadoras consecuencias en relación con el funcionamiento del sistema. Por una parte, tenemos una riqueza creciente en los países altamente industrializados, y por la otra, economías que se siguen basando en la agricultura autosuficiente y muy cercanas al nivel de mera subsistencia. La desigualdad entre las naciones se ha acrecentado y sigue aumentando. Este importante cambio en los acontecimientos, en agudo contraste con la creciente integración social y económica de las áreas altamente desarrolladas, se debe, en parte, al hecho de que la demanda de alimentos y materias primas no aumenta con la misma rapidez que la demanda de productos manufacturados. El apremiante deseo de los productores de materias primas de diversificar sus economías y de in-

dustrializarse acentúa este desequilibrio. El progreso técnico en las áreas muy desarrolladas, que estimula su producción agrícola y aporta nuevos y mejores materiales, es un hecho más que contribuye a este empobrecimiento relativo. Al último en orden, aunque no en importancia, es preciso mencionar el impacto de las fluctuaciones de la demanda sobre los precios. Los precios que fijan los productores industriales está controlado administrativamente por algunos comerciantes en gran escala, en cada industria en particular. No responde en la actualidad a las fluctuaciones de la demanda. En agudo contraste, la mayoría de las materias primas o productos primarios se siguen intercambiando en mercados mundiales. Sus precios están sujetos a previsiones especulativas. Aun en aquellos casos en que la producción está dominada por algunas firmas gigantescas (como por ejemplo el cobre, el plomo y el estaño) los precios siguen mostrando una gran sensibilidad y fluctúan grandemente de mes a mes.

La consecuencia de este desequilibrio adicional para los países pobres y débiles es muy grave. En los períodos de inflación, los estímulos de orden monetario les llegan con retraso; en períodos de restricción, son los primeros en sufrir. Esta relación desequilibrada explica en parte el casi continuo deterioro en la relación de precios del intercambio de los países pobres (independientemente de ciertas circunstancias que explican el gran desequilibrio entre la oferta y la demanda, como la que existe, por ejemplo, en el mercado del café) desde que las carencias de los períodos de guerra y postguerra han sido superadas.

El patrón oro no funciona bien bajo estas condiciones; los países que están ganando oro son, como en el pasado, las áreas ricas y completamente desarrolladas de Norteamérica y de la Europa Occidental, especialmente los países del Mercado Común Europeo. No expanden la demanda hasta los límites de la capacidad de producción debido al temor relativo a las consecuencias internas de la inflación. Por consiguiente, el reajuste cada vez mayor ha de ser soportado por los países que pierden oro.

A la luz de lo anterior debe discutirse la última y tal vez la más importante de las características. La teoría del patrón oro, sobre la que se basan las políticas internacionales monetarias y fiscales, necesita suponer que el sistema económico es completamente estático y que no sufre cambio alguno. Esto no es de graves consecuencias siempre y cuando estemos interesados solamente en países con el mismo grado de desarrollo o países que están progresando más o menos al mismo paso, cualquiera que éste sea. Las restricciones y las expansiones de los países ganadores de oro, necesarias para que el mecanismo tradicional de ajuste funcione, no provocarán diferencias esenciales en sus posiciones relativas de competencia. Si las provocaran, la política internacional podría crear un círculo vicioso por el cual los países débiles se harían cada vez más débiles al aplicar la misma política sobre las pérdidas de oro. Sus inversiones se reducirían mientras aumentaban las de sus competidores. Por consiguiente, si los sindicatos obreros tienen más o menos el mismo poder de contratación, los países en expansión tendrán que hacer innovaciones, reducir sus costos y fabricar nuevos productos, perjudicando así las perspectivas de exportación de los países débiles.

Un ejemplo de esta situación es la posición de postguerra de la Gran Bretaña. Aun cuando el aumento en los salarios reales en Inglaterra fue tan sólo una tercera parte del aumento llevado a cabo en Alemania, aquella no pudo nunca resolver el problema que le planteaba su balanza de pagos; sus inversiones tuvieron que mantenerse a un nivel muy inferior al de Alemania y su poder de competencia relativo languideció. El dinero caro, en lugar de remediar su posición, perpetuó su inferioridad. Sólo hasta hace poco tiempo esto ha sido aceptado por las inteligencias convencionales, que desgraciadamente no están en el gobierno británico.

Así, el hecho de que los países menos desarrollados tiendan a aumentar sus importaciones en mayor proporción que sus exportaciones, y las implicaciones de un empeoramiento en su relación de precios del intercambio que ya se han discutido, tenderán a perpetuarse y desde luego a agravar su inferioridad, si los métodos ortodoxos de la dirección económica son utilizados con descuido. El progreso técnico depende de la inversión y estos métodos incidirán fundamentalmente sobre las inversiones. Mientras que el avance

en los países ricos se acelerará, la diversificación y el aumento de la capacidad de producción se verán entorpecidos en las áreas más pobres. Aun cuando los métodos ortodoxos parezcan, a la corta, obtener un equilibrio externo (como parecen haberlo logrado en la actualidad en Canadá y pareció, en otra época, haberse logrado en Argentina y Chile) a la larga resultarán desastrosos; el desempleo aumentará y el crecimiento se hará más lento. Si estos países, además, están sujetos a un deterioro de la relación de precios del intercambio, el nivel de vida de sus poblaciones tendrá que soportar grandes presiones. Los remedios ortodoxos, por lo tanto, causan únicamente grandes descontentos.

Ningún gobierno, sin embargo, como se ha demostrado una y otra vez en América Latina, puede permanecer indiferente a las presiones económico-sociales internas. La política convencional puede provocar, entonces, las consecuencias indirectas más desafortunadas, consecuencias precisamente opuestas a lo que los partidarios de las políticas sanas desean obtener y lograr. Esta paradoja se debe al hecho de que para los gobiernos, la más obvia forma de aliviar rápidamente el descontento es el aumento de los servicios sociales improductivos o menos productivos. Pero, por otro lado, la única forma de que en un nivel nacional se pueda aumentar el nivel de vida y proporcionar empleos con salarios crecientes, es la de acelerar el desarrollo mediante el aumento de la productividad y la diversificación de la producción. Sin embargo, se hace poco caso de esta forma de restablecer el equilibrio en la balanza de pagos internacional, debido a que llevaría tiempo y necesitaría un aumento de las inversiones. A la corta, mientras esto se lleva al cabo y antes de que surjan resultados, las inversiones constituirán, indudablemente, un drenaje de los recursos de dichos países, y por ello los gobiernos se sienten inclinados a impulsar el aumento de los servicios sociales. Pero una vez implantados, los servicios sociales son irreversibles. Por muy recomendables que sean desde un punto de vista humano, es muy poco probable que contribuyan a aumentar los recursos del país (aunque los servicios sanitarios y educativos sí pueden contribuir a ello, inclusive a corto plazo). De esta forma, en el mismo momento en que se necesita una concentración del esfuerzo para aumentar la productividad y la producción, las políticas convencionales, como se ha demostrado una y otra vez, provocan una dispersión de energía y la posición a largo plazo del país se debilita aún más. Esto, a su vez, aumentará las necesidades y las demandas de servicios sociales mientras la capacidad de proporcionarlos disminuye progresivamente. El resultado es, inevitablemente, la inflación, y un ataque a la confianza que mina aún más las posibilidades de crecimiento. ¿Cómo puede evitarse este *impasse* al que parecemos dirigirnos? La respuesta es urgente, ante la continua expansión de la producción industrial de la Unión Soviética y del mundo comunista. Un aumento en la ayuda de los países ricos, una estabilización o por lo menos un apoyo a los productores primarios mediante una estricta restricción de políticas deflacionarias no razonables, son prerequisites del éxito.

Será necesario un empirismo mucho mayor por parte de los países altamente industrializados que en la actualidad prestan ayuda para el desarrollo económico, si sus metas no han de ser desvirtuadas en beneficio del comunismo. El apoyo descuidado a la aplicación de remedios estereotipados en los países receptores de esta ayuda, probablemente perjudique el desenvolvimiento de la empresa individual y la libertad económica, en lugar de propiciarlas como es el verdadero propósito. Los países pobres deben contar con una gran variedad de medios que les ayude a seleccionar la política adecuada para poder superar los prejuicios del mundo de economía "libre" y lograr la aceleración de su desarrollo y la restauración del equilibrio en sus sistemas económicos, manteniendo al mismo tiempo el equilibrio de sus balanzas de pagos. En particular, la formación de un mercado común que les permita producir sustitutos de las importaciones y estimular las exportaciones entre sí, basándose en un plan coordinado, parece ser uno de los requisitos esenciales del éxito, pero acaso no sea posible sin la discriminación de las cuotas de importación y sin una política flexible para estimular la exportación. La prohibición de un empleo juicioso de los métodos modernos de dirección económica puede llegar a convertirse en la sepultura de nuestras esperanzas para un futuro mejor. Una vuelta rívida a los métodos del siglo XIX en un marco que se ha modificado a sí mismo, no tiene ninguna probabilidad de promover el éxito.